

EL NUEVO SISTEMA

Se había enterado el gobernador civil de que en la mayor parte de los pueblos de la provincia no habían hecho caso de su reciente disposición enderezada á implantar el nuevo sistema métrico.

Y como aquélla era precisamente la única medida salvadora que se le había ocurrido para sacar á la provincia del estado angustioso en que se encontraba por lo crecido de los impuestos y lo mediano de las cosechas, le sabía mal que no obtuviera el debido cumplimiento.

Dando vueltas á la idea de que no debía sufrir tal desaire, determinó publicar en el *Boletín* otra circular mucho más dura exigiendo á los alcaldes á rajatabla ó bajo su más estrecha responsabilidad el cumplimiento exacto de la primera. Y para facilitarles dicho cumplimiento, hizo imprimir á continuación unas tablas de correspondencia entre las pesas y medidas del nuevo sistema y las del antiguo.

Cuando llegó aquel *Boletín* á Estercolera y se enteró de la circular el secretario del Ayuntamiento, que era el que los solía abrir, se fué á dar la noticia al alcalde, su próximo pariente Cristobalón, más conocido por el *Marón grande*, alcalde y cacique todo en una pieza, y además arrendatario de los consumos.

Se hallaba éste aquella tarde, como de costumbre, jugando á la brisca en la taberna de Rumiago con el Sapín y el Dómine y el dueño de la casa, y por cierto que les había estado diciendo:

—En Estercolera y sus contornos, ya lo sabéis, hum, no se hace más voluntad que la mía... Y yo soy el que corto el bacalao en esta tierra, hum, y yo soy el que corto el bacalao (tenía mucha maña de repetir las cosas), y cuando *me se* antoja ser alcalde como ahora, soy alcalde, y cuando *me se* antoja ser juez municipal, soy juez municipal; y que sea una cosa, que sea otra, los consumos no me los quita nadie; y desde el juzgado de esta villa hasta el Tribunal Supremo, pasando por la *Audencia* del perro chico y por la otra, no se hace en *custión* de justicia, tocante á este país, más que lo que yo quiero...

—¡Y que es la verdad!—dijo Rumiago con acento pasiego y humilde.

—¡Claro que es la verdad, hum!... Y si

no, ¿qué le sucedió al Rizoso?... ¿No vos acordáis, hum?... Que apeló de una sentencia mía diciendo que era injusta... Y lo era; pero que se hubiera humillao á mí, hum, y yo le hubiera dao la razón á él y no al Canijo, que no la tenía. Pues fué y apeló, y ¿qué consiguió, hum?... Quedarse sin el derecho que le pertenecía y tener que pagar un dineral de costas...

—Y le estuvo bien hecho—dijo el Dómine.—Pa que aprenda...

—Pues al respetive, en lo gubernativo, idem de lienzo, hum... No se hace más que lo que á mí me sale de los calzones. Yo y el diputao lo arreglamos todo... y si un poco me apuráis, el diputao tiene que hacer siempre lo que yo le mande; porque él tiene el *aita*, es verdad, pero es porque yo se la he dao, y yo tengo la *entipatia* del país, que vale más que el *aita* y que todo...

—Oye, chacho—le dijo en esto su hermana Nemesia, entrando de la calle:—está allá en casa el Raposo de Valgrande, que quiere estar contigo.

—Pues que se aguarde,—la dijo su hermano.

Era la recién llegada una vieja incipiente, incasable ya, de muy mal humor y muy aceda de carácter, pues se la había avinagrado la soltería, fea y repugnante hasta lo inverosímil, con unas barbillas blancas al-

rededor de la boca y un pelujo entrecano por toda la faz sobre una piel muy arrugada y de un color aceitunil que daba miedo... Se la estaba viendo salir por la chimenea montada en la escoba para ir al aquelarre á Zugarramurdi...

—Ya me ha dicho á mí á lo que viene—dijo luego á su hermano,—á decirte que el tío Justo le va á demandar por haberle robao una gallina...

—Como si no le demandara, hum, como si no le demandara; porque el Raposo es de los nuestros y puede robar todas las gallinas que quiera—dijo el cacique...—Además, que pa eso es *Raposo*, hum...

(La gracia fué muy celebrada.)

—Pero es que dice que hay dos testigos que se la vieron coger,—añadió Nemesia.

—Como si no le hubieran visto, hum, como si no le hubieran visto... Otros muchos habrá que no le vieran... Y si no, aquí está el señor juez municipal que lo diga. ¿Verdad, Sapín, que tú te encargas de sacarle libre?...

—Según y conforme—contestó el aludido;—porque tan claro puede estar el hecho, que no haya más remedio que...

—Aunque esté más claro que el agua, hum, aunque esté más claro que el agua—dijo Cristobalón:—ya se sabe cómo se hacen esas cosas... Se les pregunta á los que

no lo han visto, y se hace constar que no vieron nada; y en cambio, á los que lo han visto no se les pregunta, y si lo dicen sin preguntárselo, no se escribe.

—Eso no se puede hacer,—dijo el Sapín.

—¿Pos luego, hum?... ¿Por qué no se ha de poder hacer, hum?—dijo el *Marón grande*.—¿No lo hemos hecho así más veces?...

—Lo habrás hecho tú; pero los demás... —dijo el Sapín tratando de darse un poco de tono—cada uno tiene su *conciencia*...

—Y no me hagas reir, Sapín, y no me hagas reir—dijo el alcalde echando una mirada burlona sobre el juez municipal del bienio.—¡Mira tú que tendría que ver que ahora te las quisieras echar de *escupulo*!... ¿Pues con qué has hecho tú la casa nueva, hum?... y ¿cómo hemos hecho tú y yo lo que tenemos, hum?... ¿No te acuerdas de cuando nos quedamos con el ganado del difunto mayoral por una miseria, hum?... Yo me quedé con la mayor parte, es verdad; pero tú, que eras el juez y no podías quedarte con nada ni aun por medio de tercera persona, ¿no te hiciste entonces por once duros con un caballo que valía ciento como un *rial*, y que es el único decente que has montao en tu vida?... ¿No te acuerdas cómo hicimos aquello, hum?... Pues se había anunciao pa aquel día la subasta y había acudido la gente, y

á los que querían entrar les decía el *aguacil* que *toavía* no era hora, y luego, cuando les abrió la puerta y empezaron á entrar oyeron decir al escribano: *que haga buen provecho*, y se les dijo que habían llegao tarde porque ya todo se había rematado en mi persona...

—Tenemos que hablar, tú,—le interrumpió en esto el secretario, que acababa de presentarse en la cocina.

—Pues te *asperas* un poco, hum, te *asperas* un poco—le contestó,—que bien ves lo que estamos *hiciendo*... Y *aspérate* á *jugar* tu también, *Musa, musce*—dijo á su compañero de brisca,—que hay que atender á todo...

Se acabó aquel juego, y entonces dijo el alcalde al secretario:

—Bueno: ¿qué hay, hum... qué hay?...

—Que ha llegado un Boletín que viene grave.

—¿Por qué, hum?

—Porque dice el gobernador que ha sabido que no se cumplen sus órdenes de plantear en seguida el nuevo sistema métrico decimal y desterrar completamente las antiguas pesas y medidas, que son una vergüenza para un pueblo culto, y manda que se cumpla todo á rajatabla...

—Como si no lo mandara, hum, como si

no lo mandara—dijo el alcalde.—¡Bastante *me se importa* á mí el gobernador, hum!...

—Es que ha venido también carta del diputado pidiendo que se le atienda al gobernador en lo posible...

—Eso ya es harina de otro costal, hum... De ahí me vuelvo... Si el diputao lo pide con buenos modos... entonces hay que hacerlo en *siguida*... Pero ¿cómo vamos á poner el sistema nuevo si no le sabemos, hum... ni tenemos las medidas, ni las pesas, ni nada?...

—Trae aquí el Boletín unas tablas de correspondencias de unas pesas y medidas con otras...

—¿Y quién las entiende, hum?

—Cualquiera, porque es muy fácil. En la primera columna están, por ejemplo, los kilogramos, 1, 2, 3, y así... y en la otra, la equivalencia en libras... Mira, aquí: kilogramos 1... equivale á... libras 2, onzas 3... Y en estas otras tablas están los metros, y los litros.

—Pues entonces, mira, hum... vas y pones ahora mesmo un bando diciendo que desde pasao mañana, que es día de mercao, todo bicho viviente pida y despache todas las cosas por el nuevo sistema, bajo la multa de veinte *riales* por la primera vez, y á los *rencidentes* ocho días de arresto... mayor ú menor, como sea... Y pasao ma-

ñana... el *aguacil* y tú y yo, y el síndico y el *tiniente*, á vigilar los establecimientos y los puestos de venta cada uno con sus tablas... ¿Hay más boletines?

—Hay éste y el del juez municipal y el del sargento... pero se pueden sacar copias de las tablas...

—Pues no hay más que hablar, hum... no hay más que hablar... Y ahora á nuestro cuento... ¿doy yo ú quién?...

El secretario redactó el bando según las instrucciones recibidas y le fijó en la esquina de la iglesia y en la de la cárcel.

Llegó el día del mercado y se repartieron las *autoridades* por los comercios y puestos de venta, según el programa.

El alcalde escogió para su vigilancia personal la carnicería del Sapín, que era taberna al mismo tiempo, de modo que podía echar un trinquis de cuando en cuando.

La primera que acudió allí á comprar fué la criada del escribano, el cual no era del gremio.

Su ama la había dicho:

—Traes dos libras de carne...

—Es que dicen que ya no se puede comprar por libras—había contestado la muchacha,—y estará allí alguno de justicia, y creo que hay multa no pidiendo las cosas por el nuevo sistema...

—Entonces pides un kilogramo... ¡Ah! y de paso que vienes, entras por el comercio nuevo y traes una vara de cinta para rebitear los escarpines de este niño.

—Tampoco creo que dejan pedir por varas.

—Pues pides un metro... Ya sabes: si está allí el alguacil ó alguno, pides en vez de las dos libras un kilogramo, y en vez de una vara un metro... No se te olvide... un kilogramo y un metro.

—No se me olvida, no: un kilogramo y un metro, un kilogramo... y...

La pobre muchacha fué por la calle repitiendo sin cesar: «un kilogramo»... «un metro»... «un kilogramo»... «un metro»... «un kilogramo»... Y efectivamente, no se la olvidaron las palabras; pero cuando llegó á la carnicería ya no se acordaba para lo que era cada una...

—Deme usted... carne,—dijo poniendo una peseta sobre la mesa.

—¿Cuánta carne quieres?—la dijo el matarife.

—Dos libras.

—¡*Cudiao* con las libras, hum!—la dijo el alcalde;—y *cudiao* con las libras, que pagas la multa... Se pide por el nuevo sistema.

—Pues deme usted... un metro...

—Eso ya es otra cosa, hum, eso ya es

otra cosa—la dijo el alcalde,—así ya se entiende la gente... Dala un metro de carne, hum,—añadió dirigiéndose al carnicero.

El carnicero se quedó parado mirando para el alcalde. El alcalde echó mano á las tablas, buscó la columna de los metros y leyó:

—«Un metro... equivale á... pies tres, pulgadas siete»... Ya lo ves, hum.

—¿Y cómo doy yo tres pies de carne?—le dijo el juez y matazán todo en una pieza.

—¡Y qué borrico eres, Sapín—le dijo el alcalde,—y qué borrico eres!... ¿No sabes más, hum, no sabes más?... ¿De qué es la carne, hum?

—De oveja... Vamos, de carnero se dice; pero quiere decirse que, como ser, es de oveja.

—¿Y no tendría la oveja patas, hum?... ¿y las patas no serán pies, hum?... Pues las das tres patas, que es lo que la corresponde... ¿No lo ves bien claro, hum?

—¿Y las pulgadas?...

—Por las pulgadas la das un desperdicio cualquiera, hum...

El carnicero, convencido, metió la mano en la cesta de los menudos, y sacando tres patas de oveja negra, se las entregó á la

compradora, con más un pellizco de sebo en rama.

—Pero ¿cómo llevo yo esto?—decía la afligida muchacha...—¡Si á mí me mandaron llevar dos libras de carne y eso he pagado!...

—No mientes las libras, hum—la dijo el alcalde,—y no mientes las libras si no quieres que te ponga á la sombra... Aquí se marcha con la ley, hum, siempre con la ley; y la ley te da eso, y no te da más, hum, y no te da más.

Y la pobre chica no tuvo más remedio que irse para casa, llevando en lugar de dos libras de carne, tres patas de oveja.